

la dinámica de la crisis argentina

Contenidos y características

No estamos en presencia de una crisis parcial restringida a algún aspecto de la vida del país. No se trata de una crisis económica, ni tampoco de una crisis política. Estamos en presencia de una **crisis general, global, del orden vigente en la Argentina**. Formular este planteo supone confrontar con las dos interpretaciones que de manera central imponen frente a la situación actual, los integrantes del bloque dominante y el sistema político tradicional.

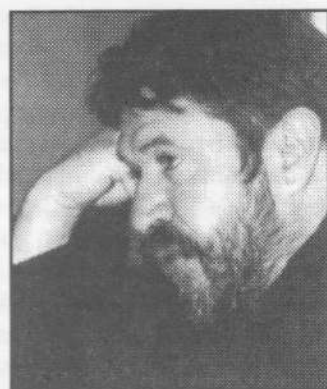
Hay una interpretación que pretende decirnos que el problema principal de la crisis debe ubicarse en el terreno de la economía. Por lo tanto, coloca la responsabilidad de la situación que afrontamos en la vigencia que durante el último cuarto de siglo ha tenido el paradigma neoliberal. La postura citada suele organizar su discurso apelando a la defensa de lo nacional, de la producción y el trabajo y de la necesidad de romper con la alianza que el Estado había estructurado con el Sector Financiero. En realidad, esta postura discursiva remite a las fuerzas tradicionales de la Argentina actual (UCR-PJ-FREPASO OFICIAL) y busca sustento estructural en el denominado Grupo Productivo (UIA-CRA-CGT). Para ser más precisos, este planteo es, a no dudarlo, el eje vertebrador de la presente intervención gubernamental. Ciertamente, en tanto articula su perspectiva con una parte del bloque dominante que fue y es tributario de la valorización financiera del último cuarto de siglo, y que en todo caso durante la última etapa de los noventa perdió parte de su influencia, los resultados concretos de su estrategia básicamente devaluacionista han comenzado a evidenciar rápidamente, los límites de su discurso. Es absolutamente obvio que el paradigma neoliberal tiene una importante responsabilidad sobre lo que hoy nos ocurre. Sin embargo, debe consignarse que éste se puso en marcha en la Argentina a partir de la dictadura, y que de los 26 años transcurridos desde aquel momento, 19 tienen que ver con el presente orden institucional. Es decir tres de cada cuatro años. Por lo tanto, ya no podemos seguir sosteniendo (por lo menos solamente) que el problema es el tipo de funcionamiento de la economía. Es clave incluir en nuestra discusión cuáles son las características del orden institucional que han convivido, convalidado, y han resultado cómplices del proceso que

viene viviendo nuestro país. Por ende, no es cierto que la crisis sea sola y exclusivamente económica sino que también tiene un fuerte componente político institucional.

La segunda interpretación es aquella que promovida por Bancos-Organismos Internacionales y Empresas Privatizadas señala que en realidad el problema no es el modelo económico sino la corrupción del sistema político. En tanto la política es responsable de lo que ocurre, se sitúan de manera casi especular respecto a la otra visión restándole relevancia a la cuestión económica. En esta presentación de la crisis no hay problema alguno en el orden económico imperante, el inconveniente es que existe un régimen institucional corrupto que lo ha distorsionado.

En suma, hay una interpretación que busca situar la responsabilidad en la economía para salvar al sistema político tradicional y hay una interpretación que busca colocar el problema en la política para salvar al poder económico. Frente a estas visiones nosotros sostenemos que la crisis vigente en la Argentina es una crisis general que supone el colapso en materia social, económica y política, de un régimen que se puso en marcha a partir de marzo del 76 y que con distintas variantes se ha profundizado en los últimos 26 años.

Ese régimen tuvo, fundamentalmente una característica: transformó a la economía argentina en una economía de acumulación financiera y transferencia permanente de recursos al exterior por diferentes mecanismos, donde el endeudamiento fue uno y no el único mecanismo de salida de recursos. El citado ordenamiento económico se puso en marcha sobre la base de la apertura general de la economía y tuvo dos pilares básicos que permitieron su funcionamiento: uno, el endeudamiento externo; dos, el papel del Sector Público como promotor



Por Claudio Lozano
Economista de la CTA

de dicho proceso. Es decir, fue el Estado argentino (absolutamente subordinado a partir de la dictadura al bloque dominante) quien sostuvo y promovió una y otra vez por diferentes vías, ese endeudamiento. Dos razones definen el colapso de este régimen. En primer término los cambios en el sistema financiero internacional determinan que hay menos fondos para países como el nuestro. En segundo lugar, el grado de endeudamiento del Estado argentino es tan alto que tampoco puede seguir endeudándose. En consecuencia, los dos pilares en torno a los cuales funcionaba este régimen han desaparecido, y por esta razón es que está colapsando.

En ese marco lo que funcionó fue un país que hizo predominar la inversión financiera; donde la inversión productiva cayó de manera estrepitosa y donde la caída de la inversión productiva en tanto se daba en una economía abierta al ingreso de producción importada, produjo una profunda destrucción del aparato productivo. Al destruirse el aparato productivo y desindustrializarse el país se expandió el desempleo y al expandirse el desempleo, este presionó hacia la baja los ingresos del conjunto de la población. Es decir, que la tendencia que caracteriza los últimos 26 años, como contrapartida de este régimen de acumulación financiera es: inversión financiera elevada, baja inversión productiva, deterioro del aparato productivo y desindustrialización, expansión del desempleo y caída de los ingresos. Son estas tendencias, las que han puesto en colapso también la situación social. Deben destacarse dos cuestiones fundamentales: la primera, el tema de la expansión sistemática y permanente de la pobreza en el país. Para dar una medida gráfica del asunto: en 1975 en la Argentina había 22 millones de habitantes y menos de 2 millones de pobres. Hoy tiene 37 millones de habitantes escasos y tiene prácticamente 15 millones de pobres. Es decir, que la población creció en 15 millones y la pobreza en 13 millones. Evidencia notoria de la involución social que tuvo la Argentina y razón que explica la desaparición de ese rasgo que durante décadas diferenciara a nuestro país del resto de América Latina: la importancia de sus capas medias. Hoy, 6 de cada 10 pobres provienen de dicho sector social. En segundo lugar, la constatación de que en las distintas crisis (y en la actual también) los sectores dominantes tienen la capacidad de trasladar los costos al resto de la sociedad incrementando, en cada una de ellas, su participación sobre el total de ingresos. Es decir, cuando la economía crece, ellos crecen más que el resto, pero cuando decrece, ellos siguen creciendo.

Por último, el colapso en materia política debe ser situado en términos de crisis de representación. Crisis que no remite solo a los partidos sino al conjunto de las instituciones que convivieron, convalidaron y fueron coniventes con esta verdadera estrategia de la desigualdad. Está en crisis la Justicia, el Parlamento, la Iglesia, los sindicatos, es decir atraviesa al conjunto de las instituciones. Este es el otro problema fundamental, porque la percepción generalizada que existe es que las institu-

ciones y organizaciones que se supone que son portadoras de intereses colectivos, son visualizadas por el conjunto como representantes de intereses privados. Esto es la médula de la crisis de representación política que estamos atravesando.

En consecuencia, a diferencia de las dos interpretaciones que los sectores dominantes impulsan en la Argentina, el Frenapo entiende que estamos en presencia de la crisis general de un orden que no tiene, bajo estas condiciones, capacidad de seguir reproduciéndose con mínimos niveles de consenso. Es decir, se trata de un orden de injusticias que para sostenerse requiere, necesariamente condiciones de autoritarismo político.

La dinámica de la crisis

El proceso social vigente debe ser entendido como una verdadera crisis de hegemonía de las clases dominantes de nuestro país. Estas han perdido la posibilidad de seguir explicándole a la sociedad que es natural que las cosas sean como son. La sociedad ya no siente que las cosas deben seguir necesariamente así. Tampoco cree que este sea, necesariamente, el único rumbo posible. Como toda crisis de hegemonía la misma exhibe dos componentes fundamentales. El primero de ellos remite a la crisis al interior de los poderosos. En un contexto de colapso económico donde los poderosos no pueden realizar, como venían haciéndolo, ganancias extraordinarias de manera conjunta, lo que hay es un proceso de conflicto para ver quién es el que realiza mayores rentas y quien por lo tanto conduce la salida de la crisis. Esa es la primera disputa. Hay disputa entre los grupos empresarios y el sistema bancario, hay disputa entre ellos y los acreedores externos, hay disputa entre los acreedores y el resto de los que están aquí. Es decir, no logran, como sí lograron en el pasado, sintetizar una estrategia común para proponerle al conjunto de la sociedad.

La segunda cuestión que caracteriza a una crisis de hegemonía y que es el dato determinante que distingue el momento actual de otros que hemos vivido, es que por primera vez en mucho tiempo, más concretamente, desde 1976 para acá, hay hoy organizaciones sociales y niveles de movilización en todos los terrenos (social, sindical, territorial, cultural e incluso partidario), que están por afuera de las estructuras de poder económico y político tradicional. Es decir, y para que quede claro: a diferencia de la crisis de 1989 en donde el PJ aparecía como la opción y salida frente a la crisis y en el que controlaba la oferta partidaria y además el conflicto social, porque tenía el peso sustantivo de la estructura sindical tradicional, hoy no hay capacidad de oferta política del sistema tradicional, ni tampoco son ellos los que controlan el conjunto de la movilización y organización social existente. Hoy hay otras realidades sindicales, otras realidades sociales e institucionales. Han emergido organizaciones y niveles de movilización que tienen autonomía respecto de los factores de poder político y económico tradicional. Es por esta razón que parece impor-

tante definir que el año 2001 (en gran medida coagulando la resistencia de los últimos 25 años), representa desde la experiencia política de los sectores populares, el final de la Argentina de la dictadura. Las jornadas del 19 y 20 de diciembre terminan de mostrar, la envergadura del proceso que se está dando en el país. En este sentido, es importante entender que en este contexto de una crisis de hegemonía donde han emergido niveles de movilización y organización con autonomía respecto a los factores de poder político y económico tradicional, en ese contexto, hay que decirlo, lo que ha caído de alguna manera en el año 2001, es la Argentina de la dictadura. Desde la perspectiva de la experiencia popular, esto implica que el temor, que fue el factor de disciplinamiento básico en nuestro país, desde el genocidio dictatorial, pasando por la hiperinflación y el hiperdesempleo, logró correrse y desplazarse para permitir que la presencia popular tenga el nivel de contundencia actual. Este me parece que es el otro elemento importante a identificar respecto a la crisis que estamos atravesando.

El gobierno actual

El gobierno actual es, en teoría y por su propia definición, un gobierno de transición. Se supone que ese gobierno de transición debiera haber tratado de situar un orden dentro de la crisis para posibilitar una salida institucional, es decir, lo que tendría que haber logrado es ordenar la disputa que existe al interior de los poderosos, es uno de los contenidos de la crisis de hegemonía, de manera tal de que dicha disputa no siga produciendo lo que produce, en concreto el traslado pleno del costo de la crisis hacia el conjunto de la sociedad, de la comunidad. Cómo resuelven sus disputas los sectores dominantes? Traslándola hacia abajo y vulnerando una y otra vez la distribución del ingreso. La única forma de evitar esto, es ordenando. Ordenando esas disputas y fijando condiciones. Este gobierno que tenía por lo tanto que frenar la caída en el nivel de vida y ordenar la disputa al interior de los poderosos, nada de esto ha logrado realizar. Más allá que pueda haber dudas sobre su intencionalidad expresa, lo que ha terminado ocurriendo es que el gobierno le ha ido concediendo, uno a uno, a todos los factores de poder lo que le pedían. Entonces comenzó concediéndole una devaluación del 100% a los grupos empresarios con inserción exportadora, esos que se nuclean en el denominado Grupo productivo. Siguió concediéndoles la licuación de las grandes deudas que estos mismos grupos tenían con el sistema financiero local. Continuó luego, frente a la quiebra que esto suponía para el sistema financiero, cubriéndole sus espaldas aumentando la deuda pública y haciéndose cargo de la deuda privada.; siguió dándole la razón al FMI y declarando el mercado libre, en materia cambiaria, lo cual es un verdadero disparate en el contexto actual de una economía que no tiene divisas para sostener un mercado de esa naturaleza. En consecuencia lo que terminó es, al concederle a todos, llegando a un punto ciego en don-

de han organizado un esquema de política económica que depende exclusivamente del apoyo del exterior, pero al mismo tiempo como le han concedido a todos, no tienen capacidad para garantizarles el pago a quienes deben financiarlos. Es decir, armaron la política diciéndole *fináncienme*, pero como le concedieron todo a los demás no le pueden pagar a los que están en condiciones de proveer el financiamiento. Consecuencia: desde afuera les dicen no los financiamos. El punto de crisis en el que se encuentra hoy el gobierno es que si quiere, manteniendo estas cosas, el financiamiento de afuera, tiene que profundizar el ajuste fiscal a niveles tales, que resulta insoportable en términos de la tensión social y política que genera. Y si no produce el ajuste fiscal en esa dirección no tiene el financiamiento externo para sostener su política. Esta crisis es el resultado de no haber ordenado esa disputa y de no haber logrado por lo tanto frenar la caída del nivel de vida. Por el contrario, se agregaron nuevos elementos que comienzan a amenazar la vida del conjunto de la población. Entonces, al fenómeno que teníamos del impacto de la desocupación sobre el conjunto de los ingresos se le agrega ahora la aceleración de los precios, la indexación de las deudas, la indexación de los alquileres y, todavía no sabemos, pero está comenzando, la negociación con las empresas privatizadas que muy probablemente supondrá indexación de tarifas. En consecuencia, ante un gobierno que no ha logrado asumir esta etapa de transición, lo que vivimos es una salida desordenada del régimen de convertibilidad que se transforma en una nueva y monumental transferencia de ingresos del conjunto de la sociedad hacia un puñado de grupos empresarios con inserción exportadora, dueños de dólares en el exterior y con empresas endeudadas en el sistema financiero argentino. Y lo que se sigue gestando son las condiciones del verdadero círculo tautológico de la pobreza en que está metido nuestro país. Un círculo que implica más desigualdad, y mayor autoritarismo político. Es decir más desigualdad y menos democracia. El proceso es muy simple. Hay desigualdad, y en el terreno económico esto implica una distribución injusta del ingreso, al haber una distribución injusta del ingreso, la sociedad es cada vez más pobre, al ser cada vez más pobre, en realidad lo que se deteriora es la democracia porque los derechos básicos que la esta supone no se cumplen. En esta situación de injusta distribución, el mercado interno se mantiene deprimido y al estar deprimido el Estado argentino no recauda, al no recaudar tiene que ajustar y al ajustar vuelve a vulnerar los mismos derechos cuestionando la democracia y abriendo las puertas para que esta democracia desaparezca.-

Apuntes para el debate político del Frente Nacional contra la Pobreza, presentación de Claudio Lozano en la Asamblea Nacional del 2 de marzo de 2002.